

EL SECUESTRO DE LA HAMBURGUESA MACUNDRA



MACUNDRA

EL SECUESTRO DE LA HAMBURGUESA

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: Ismael Municio
Ilustraciones de interior: Aníbal Hernández
Fotografía de contracubierta: cortesía del autor

© Macundra, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-270-4307-7
Depósito legal: B. 23.795-2016
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.
Printed in Spain-Impreso en España

ÍNDICE

1. Nubes y hamburguesas	13
2. La búsqueda	31
3. Dos preguntas y un sonotone	47
4. Cómo educar a tu mofeta	65
5. ¡Un masaje, por favor!	79
6. La jubifiesta	93
7. Una pregunta, una respuesta	109
8. Hamburguesa de ñu con patatas salvajes	125
9. El repartidor de las nubes	145
10. LadyFox	161
11. Final explosivo	177

Capítulo I

NUBES Y HAMBURGUESAS

Los rayos del justiciero sol de julio iluminaban cada rincón de la ciudad. El bullicio de las grandes avenidas del centro nada tenía que ver con la apariencia de los tranquilos barrios limítrofes que en ese momento, a la hora de la comida, parecían estar vacíos.

En la hamburguesería *Miarma* los ávidos comensales devoraban cada bocado del plato que tenían delante, cada patata frita de la *guar nición*, cada pequeña hoja de lechuga de la ensalada, refrotaban el pan en la salsa y sorbían ansiosos los refrescantes batidos de frutas exóticas. El local estaba lleno a esas horas, no era un sitio muy sofisticado en cuanto a decoración —mesas, sillas, algún cuadro, lo imprescindible—, pero las exquisitas hamburguesas de las carnes más exóticas eran un imán ir resistible para los ruidosos clientes que acudían día tras día.

—¡Quieto *parao!* —gritaba *Macundra* en la cocina con los ojos bailando rápidamente en sus órbitas mientras recorrían cacerolas y sartenes—. ¡No huyas, cobarde, que te voy a dar tu merecido!

La gorda y negra hormiga corría alocada por la isla de la cocina, escondiéndose del cocinero en cada rincón que encon-

traba, le daba igual una tapa de un bote de conserva que debajo de los platos y bandejas que contenían carnes selectas traídas de medio mundo.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó LadyFox al entrar en la estancia—. ¿Se puede saber qué estás haciendo, Macundra? Mira cómo estás poniendo todo esto.

Las manos de Macundra dejaron sobre la mesa los dos cuchillos afilados con los que perseguía a su rival. Con mucha prevención empezó a hablar, con los ojos bajos y rascándose la barbilla.

—Esto..., em..., a ver cómo te lo explico, *mi arma...*

—¡Eso, a ver cómo explicas este estropicio! Tenemos el restaurante hasta arriba de clientes y solo a ti se te ocurre ponerte a jugar en la cocina —le r ecriminó ella mientras apartaba con el pie los tomates que su novio había tirado durante su persecución, y que rodaron hasta esconderse bajo armarios, frigoríficos y fogones.

La hormiga, ante el cese aparente de hostilidades, asomó la cabecita, respiró aliviada y decidió salir de su escondite para poner rumbo a toda velocidad hacia una pequeña grieta que había en la pared.

—¡Ahí está! ¡A por ellaaaaaa! —la señaló Macundra a la vez que saltaba hacia su presa.

—Che, che, che. ¡Deja tranquila a la hormiga! ¿Se puede saber qué intentas hacer? Tenemos el restaurante lleno de gente y tú haciendo el tonto.

Macundra se ajustó el sombrero y volvió a hacerse el nudo del pañuelo rojo que, con el acaloramiento de la persecución,

se había desatado y con el que habitualmente tapaba su cara de sándwich.

—Cocina de fusión.

LadyFox se apartó un mechón pelirrojo que cubría su ojo derecho y, amenazante, se acercó a su cara tostada.

—¿Qué dices? ¿Estamos locos?

—A ver... Cómo se nota que no eres cocinera —susurró él—. En el restaurante ofrecemos muchísimas hamburguesas, ¡pero no tenemos hamburguesa de hormiga! ¡Y estoy seguro de que sería un bombazo, ea!

Ella cubrió sus ojos con ambas manos, a la vez que negaba con un ligero cabeceo lo que estaba escuchando.

—Un bombazo ¡que te va a explotar! —dijo LadyFox, se acercó a él y le ajustó por la espalda las cintas del delantal blanco que Macundra llevaba puesto—. ¡Anda!, no es momento de pensar en recetas nuevas, ponte a trabajar, que estos pedidos no se van a servir solos. Por cierto, ¿ya está lista la hamburguesa de ballena para la catorce? —preguntó inquieta a la par que señalaba con el dedo hacia la mesa que la había pedido.

En ese momento apareció el fiel pinche de cocina con una enorme bandeja en la que llevaba la masa cocinada de carne de cetáceo. El pinche era una hamburguesa muda a la que Macundra había enseñado a comunicarse a través de un ingenioso sistema de carteles con caracteres móviles. Cheddar, que así se llamaba el diligente ayudante de cocina, fue un error gastronómico que cometió el cocinero al experimentar cómo afecta la electricidad a este tipo de queso; desde luego, nadie sabía lo que podía surgir de sus fogones!

«¡Aquí va!», enseñaba el cartel con dificultad la hamburguesa.

—Rayos, ¿de verdad pesa tanto una ballena? —El pobre ayudante asentía a la vez que sus piernas flaqueaban—. Anda, no será para tanto; lo que pasa es que eres un flojo —dijo Macundra mientras le ayudaba a sostener la gran bandeja metálica que, sin duda, pesaba un montón. Juntos consiguieron abrirse paso entre los clientes del restaurante hasta llegar a la famosa mesa catorce que, por desgracia, estaba al fondo del local.

Los comensales se lanzaron habrientos sobre la bandeja para hincar el diente a la succulenta carne, que venía colocada entre dos rebanadas descomunales de pan redondo, acostada en una cama de lechuga que hubiera alimentado a una manada de conejos.

—Yo, esa hamburguesa me la ventilo en menos de cinco minutos —le susurró el cocinero entre dientes a Cheddar, ya de vuelta en la cocina.

El pinche asintió mirándolo y sacó un cartel en el que se podía leer claramente: «Voy yo y me lo creo».

* * *

Los pronunciados baches de la avenida Riachuelo del Condado ponían a prueba la estabilidad de Pumba, que cargaba con tres paquetes de papatas fritas y cinco hamburguesas especiales de la casa en su mochila de repartidor. El fuerte calor del mediodía le estaba afectando, grandes gotas de sudor le



corrían por la frente, jadeaba y las piernas amenazaban con doblarse. Tampoco ayudaba que los paquetes estuvieran calientes, recién cocinados y con sus salsas cor respondientes. «No hay caso, qué manía tiene la gente de hacer los pedidos a esas horas, podrían ser más pr evisores », rezonaba entre dientes. Paró un momento a tomarse un respiro.

Pumba era un perro con muy buenas intenciones y mucha personalidad. También era el repartidor de la hamburguesería Miarma y, aunque ponía mucho interés, no hacía honor a la buena fama de los de su especie en cuanto a su habilidad para orientarse.

—¿Está por aquí la calle Atraso? —pr eguntó a un transeúnte con pintas de ejecutivo que paseaba mirando su teléfono móvil.

El señor, serio, de unos treinta y pico años, se fijó en el rostro sudoroso y cansado del perro.

—Em, me parece que te has equivocado de sitio, chaval —respondió y, de inmediato, volvió a bajar su mirada al dispositivo electrónico dejando a Pumba con la palabra en la boca.

El repartidor, un poco mosqueado, se ajustó las tiras de la mochila en la espalda, pues se le había descolgado y casi arrastraba la carga, y empezó a deambular por la zona con la esperanza de encontrar la calle de chiripa, pero, por más que miraba, no conseguía localizar la dirección en la que tenía que hacer la entrega.

Después de un rato considerable y de recorrerse más de veinte calles en toda su extensión, estaba algo desesperado,

por lo que decidió hacer una pequeña pausa para recuperar fuerzas. Acababa de detenerse en una esquina, enfrente de un cruce, cuando, justo en ese instante, su teléfono empezó a vibrar. Metió su mano con desinterés en el bolsillo, sacó el aparato y lo elevó hasta situarlo frente a sus ojos. Al ver la cara de Macundra en la pantalla solicitándole una videollamada, se puso tan nervioso que el teléfono se le resbaló como si fuera de gelatina, con tan mala suerte que justo fue a caer dentro de un sumidero que estaba en la calzada, pegado al bordillo de la acera.

Agobiadísimo, el perro se tiró en el suelo y metió la mano a través de las rejas, ¡menos mal que no había llovido y estaba todo reseco!, ahora se alegraba del calor que había pasado. Tras varios intentos alargando el brazo, consiguió deslizar el dedo por la pantalla para atender la llamada que seguía sonando insistente. «Si se llega a romper, encima, entonces sí que me la cargo», pensaba mientras hacía contorsiones para que su jefe pudiera verle y oírle.

—¡Pumba! —gritó la cara de la pantalla—, ¿se puede saber dónde estás?

El perro se pegó lo máximo que pudo al suelo y contuvo los movimientos de la cola para evitar que Macundra se diera cuenta de que pasaba algo raro.

—Estoy por aquí; no sé..., creo que cerca.

Instantes de silencio.

—¿Pero dónde estás, que te veo tan mal? Está oscurísimo, ¿te has metido en un túnel?

Unos ríos de sudor empezaban a crearse en la frente de Pumba y amenazaban con caer sobre el teléfono, empeorándolo todo.

—Te lo cuento más tarde.

—¡No te habrás vuelto a dormir! Bueno, está bien, vamos al lío. El cliente me ha llamado ya dos veces diciéndome que el pedido va con cerca de una hora de retraso, así que cuando llegues te disculpas y le regalas un bote de refresco extra, ¿vale?

—Vale —aceptó Pumba con resignación.

—Recuerda que la calle Retraso no está tan lejos de aquí. ¡A saber hasta dónde te has ido, *quillo!*

«¡Retraso, no Atraso!», se dijo Pumba mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa tan grande como sus ojos, ¡por esa calle acababa de pasar!

—¡Oh! Te veo fatal —mintió a su jefe para cortar cuanto antes la comunicación—, y no solo por que seas feo, Macundra, tengo que colgar, ¡adiós, hasta luego!

En poco tiempo, haciendo posturas más extrañas y complicadas que las de un contorsionista, consiguió alcanzar su teléfono y corrió hacia la calle paralela a la que se encontraba. ¡El envío llegaría tarde, pero seguro que llegaba!

Tras el portazo del cliente, más calmado al haberse desecho ya del encargo y, sobre todo, mucho más ligero de peso, Pumba caminó las tres manzanas y cruzó las dos avenidas que le separaban del restaurante; realmente estaba muy cerca y no se había dado cuenta. Pensaba muy compungido

que nunca se le había dado bien eso de la orientación, y eso era muy extraño dado que, por naturaleza, los perros son animales con un gran instinto para saber dónde ir. Claro que, por el contrario —continuaba su reflexión—, no solían dormirse en cualquier parte, como él, que tenía una gran facilidad para echar una cabezadita en todo momento. En su mente se volvió a formar el recuerdo de esa noche que se perdió en el bosque, cuando fue de acampada con sus padres, y se estremeció al rememorar el miedo que pasó. No dejaban de asustarle las imágenes de aquel episodio cada vez que tenía que hacer una entrega, y eso no era muy bueno cuando se tiene por oficio ser repartidor. Caminó cabizbajo siguiendo las líneas rojas del carril bici que llegaba justo a la puerta del local.

—¡Ey, rebonico! ¡Qué poco has tardado! —dijo Polka, la alegre camarera, al encontrarse con él justo en la puerta de la hamburguesería. Era una mona fití de pelo rojizo de lo más dicharachera.

—Bueno, al menos el porrazo del cliente no ha sido con tanto enfado como el de ayer... —dijo el perro para tranquilizarse.

Ella se le acercó y, comprensiva, le apretó la pata y pasó por ella su hocico.

—Pero, no te dormiste, ¿verdad? Eso es estupendo. No te preocupes, estoy segura de que...

—¡Ah! Estáis aquí —interrompió LadyFox a la vez que salía por la puerta del restaurante—. ¿Qué tal ha ido el repar-

to? —se calló de golpe al ver la cara que ponía Pumba y los gestos que hacía Polka para que no mencionara ese tema.

—Ten, aquí tienes la mochila con el dinero y las comandas entregadas. Sinceramente, creo que esto no es lo mío.

* * *

Acabado el turno de mediodía, la hamburguesería *Miarma* se había vaciado de clientes hacía ya un rato. En la quietud de la tarde, el suelo empezó a temblar levemente mientras que una gran nube empezó a oscurecer rápidamente la ciudad. En el restaurante, mesas, sillas y cuadros se movieron con ligeras sacudidas y los vasos y platos tintinearón al chocar unos con otros. Las lámparas oscilaron en el techo y la luz parpadeó unos instantes antes de apagarse del todo. Macundra, que estaba acabando de comer, se paralizó al sentir lo que parecía un pequeño terremoto. Al quedar el restaurante a oscuras, soltó el último trozo de hamburguesa que le quedaba y salió corriendo del local a encontrarse con LadyFox, Polka y Pumba, que miraban al cielo con la boca abierta. Al poco, se les unió Cheddar.

—Pero, ¿cómo se puede saber qué es eso, *mi arma!*? —dijo asombrado Macundra.

—¡Uy, qué mala pinta tiene! Espero que no sea una borasca de verano, con lo que me gusta el calor, no me hace ni pizca de gracia mojarme, a ver si me resfrío —decía LadyFox mientras hacía con su mano de visera para no quedarse ciega con los pocos, pero intensos, rayos de luz que quedaban.

La gran nube se desplazaba sin control de forma rápida por encima de los tejados, como si estuviese buscando dónde detenerse, hasta que en un momento dado pareció que decidía situarse en la punta de la aguja que coronaba el gran rascacielos situado en el corazón de la ciudad. Parecía una gran bandera enganchada en un punto del cielo.

En un abrir y cerrar de ojos la luz del sol desapareció por completo, como si se hubiera pulsado un interruptor, y todo se quedó definitivamente a oscuras.

—Esto me parece muy raro y me da mal rollo, Macundra... —dijo el perro—, seguro que es uno de esos inventos que hacen para que llueva.

—Tienes razón, Pumba, parece extraño. ¡Bah! No hay de qué preocuparse —sacudió la cabeza el cocinero—. Seguro que es una nube teledirigida por esos tipos que predicen el tiempo, como los coches de los niños. ¡Lo que no inventen para que llueva en julio...! —resolvió adentrándose de nuevo en el restaurante. Su compañero y repartidor le siguió. Cheddar se encogió de hombros, hizo un gesto a las chicas y también entró para continuar con sus tareas.

Polka y LadyFox aprovecharon que de nuevo había llegado la calma para sentarse un momento, querían hablar a solas acerca de los problemas de Pumba para orientarse y de su facilidad para quedarse dormido de cualquier manera y en cualquier parte, por lo que la calle les pareció un buen sitio.

—Creo que no hay que preocuparse, seguro que es cuestión de tiempo. Créeme, ¡es un perro! —dijo la animosa

LadyFox. Polka no estaba tan segura y, además, la conversación estaba empezando a aburrirla—. ¡Mira, ya sé lo que vamos a hacer! —exclamó con entusiasmo la novia del jefe poniéndose en pie en medio de la oscura y silenciosa calle.

—¿El qué? —dijo la mona mirándola con interés.

—Pues, pues —LadyFox titubeó, no se le ocurría ninguna idea, hasta que se percató de las luces parpadeantes de un gran letrero de neón verde enfrente de ellas, justo al lado de un coche ranchera de color oscuro que acababa de detenerse en la acera—. ¡Nos vamos a ir de rebajas! Sí, eso, las rebajas me alegran un montón. ¡Qué digo un montón! ¡Las rebajas y los descuentos me alegran dos montones!

—Pero, si no necesito nada...

LadyFox tragó saliva y se quedó con la boca abierta.

—Ya, pero, ¿me vas a decir que quieres lucir ese uniforme siempre? ¿Has pensado en ponerte un broche o coserte unos botones? Son la última moda.

—Es mi uniforme de camarera, además, ni que me pagaran una fortuna en el restaurante de tu novio.

—¡Mira, ahí, ese cartel! —continuó LadyFox sin hacerle caso—. Anuncia rebajas, ¡seguro que tienen lacitos de oferta!

—¿Tú estás segura? —su compañera entornaba los ojos, mirando en la dirección indicada—, a mí no me suena que ahí haya ninguna tienda, y los lacitos son una cursilada...

—Eso da igual, y si es una ferretería, seguro que tienen rebajados los tornillos que le faltan a la cabeza de Macundra. Por cierto, avisa a los chicos de que nos vamos a ir un rato a hacer nuestras cosas.

Polka entró en el restaurante con tranquilidad. Podían aprovechar que todos los clientes ya se habían marchado y que quedaban unas dos horas para comenzar a preparar los platos del servicio de la cena. Recorrió el comedor principal hasta llegar a la cocina, de la que salía un ruido ensordecedor. Macundra intentaba trocear unas pequeñas ramas de un árbol que, por sus hojas, parecían de un abeto, con una escandalosa minimotosierra, con la intención de preparar una hamburguesa alpina. Viendo lo concentrado que estaba con semejante herramienta, Polka prefirió no molestar al cocinero, que de todas maneras no la oiría con los cascos antiruido puestos en las orejas, así que decidió avisar a Cheddar, que con un estropajo y un enorme recogedor estaba terminando de limpiar los restos de la mesa en la que habían comido la hamburguesa de ballena.

—Oye, Cheddar, rebonico, nos vamos a ir enfrente, díselo a los chicos.

«Vale», asintió el pinche con su cartel mojado en agua con jabón, y se quedó mirando cómo salía la mona por la puerta, para enseguida volver a concentrarse de nuevo en su tarea.

A los pocos segundos, ambas amigas caminaban hipnotizadas hacia el letrero que parecía iluminarse más y más en la acera de enfrente. Apunto estaban de pisar el bordillo cuando, de pronto, un ser encapuchado, no más alto que una de las tantas banquetas que había en la barra de la hamburguesería Miarma, saltó justo por detrás de ellas, pasó un saco de arpillera por encima a LadyFox y le dio un golpe en la

cabeza a Polka, dejándolas a las dos aturridas por completo; la primera, debido a la sorpresa y la segunda, por el tremendo porrazo. Cheddar, que seguía frotando con fuerza la mesa que estaba justo al lado del ventanal, miró hacia la calle al escuchar los gritos de LadyFox. La extraña figura abrió el maletero del coche, apartó a Polka con el pie y empezó a forcejear con LadyFox para meterla dentro. El pinche, asustadísimo, soltó el estropajo y se metió corriendo en la cocina para buscar ayuda.

—¡Hola, Cheddar, no te había visto hoy! —saludó Pumba entusiasmado—. Te noto más delgado, ¿estás haciendo dieta, chaval?

La hamburguesa muda, con los nervios, no conseguía afinar a colocar las letras en su cartel.

—¡Cheddaaaaaaar! —gritó Macundra—. ¡Deja de vagar y tira ya a limpiar la mesa, que hay que ver el espectáculo que arman los monos para comerse una hamburguesa de ballenica de na!

Cheddar saltaba y movía los brazos nervioso señalando con el dedo. «¡Ve!», se leía en su cartel.

—¿Qué dices, chiquillo? Hay que ver lo que haces por ahorrarte letras.

El pinche sabía que él solo no podría rescatar a las chicas y, al ver que sus compañeros no le entendían, agarró a cada uno del cuello de la camisa y les llevó a rastras hacia la estrada.

—Que sí, que sé que está oscuro, pero tranquilo, que es por la dichosa nube rara esa y no por que estén sucios los cristales, je, je —iba diciendo Macundra.

Estaban en la puerta cuando un grito que pedía socorro les dejó paralizados en medio de la calle y les hizo dirigir la mirada hacia el coche, donde el encapuchado, que acababa de reducir a LadyFox, empujaba con fuerza a Polka, que le estaba dando puñetazos, y la tiraba al suelo, cerraba el maletero y se metía rápido en el asiento del conductor.

«¡LadyFox está secuestrada en ese coche!», les mostró Cheddar exasperado en un nuevo cartel.

—¡Ladyfoooooooooox! —gritó Macundra.

—¡Qué malllll! —gritó Pumba.

Ambos corrieron hacia el automóvil dejando a Cheddar solo. El coche ya estaba maniobrando y justo cuando Macundra y Pumba iban a lanzarse sobre él, salió disparado, dejando una humareda que hacía aún más difícil saber hacia dónde se dirigía y a los dos rescatadores y a la camarera medio asfixiados.